

Las Batuecas del Duque de Alba: el gobierno de los hombres y la experiencia de la conquista transatlántica en la pluma de Lope de Vega

María Agostina Saracino

La conquista de nuevos mundos y la figura del indiano son motivos recurrentes en la obra, teatral y en prosa, de Lope de Vega (1562-1635). En efecto, en el período que va de 1598 a 1606, Lope escribe *Las Batuecas del Duque de Alba* (1598-1600), *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* (1598-1603), *Arauco domado* (1598-1603) y *Los Guanches de Tenerife* (1604-1606).¹

El caso de la comedia *Las Batuecas...* (Vega, 2000) resulta particularmente interesante porque, a su hibridez genérica, propia de los primeros tiempos de la producción lopesca –visible en la mixtura de elementos de la pastoril con aquellos propios de la comedia histórica (Calvo, 2007; Antonucci, 2013) e incluso genealógica (Zugasti, 2013)– se suma un conjunto de características relativas a sus condiciones de producción y recepción que hacen de esta obra

1 La datación corresponde a Morley y Bruerton (1968), salvo para el caso de *Las Batuecas...* en el cual seguimos a Rozas (2003), que restringe las fechas de su composición al período 1598-1600, mientras Morley y Bruerton dan como última fecha posible 1603.

una instancia de reflexión sobre el gobierno de los hombres. Una reflexión en la cual, pese a lo tradicional e incluso anacrónico de los términos en que se expresa, se deja sentir el rumor de la novedad que inaugura la relación colonial entre Castilla y el mundo transatlántico.

La obra está estructurada en tres actos y se sitúa en tiempos del primer Duque de Alba, García Álvarez de Toledo (ca. 1424-1488). En ella se dramatiza el encuentro entre los batuecos, una población de bárbaros, descendientes de un grupo de godos que, escapando de los árabes invasores, se refugiaron en el valle de las Batuecas,² y tres vasallos del Duque: don Juan de Arce, su amada Brianda y su amigo Mendo de Almendárez. Don Juan y Brianda, en traje de hombre, huyen de la corte ducal para poder estar juntos, ya que ella es pretendida por Ramiro de Lara, favorecido por la Duquesa, y Mendo acepta acompañarlos y socorrerlos. En su huida entrarán en contacto con los batuecos, encuentro que culminará con la conversión de estos en vasallos del Duque de Alba y con el perdón y reincorporación de Brianda, don Juan y Mendo a la corte ducal.

En el primer acto Lope presenta a los batuecos, bárbaros hirsutos vestidos con pieles, entre quienes se desarrollan intrigas amorosas menores similares a las que el autor plantea en comedias urbanas –el feroz Giroto, de melena al viento, pretende a Taurina, quien a su vez está enamorada de Mileno, bárbaro de espíritu un tanto más refinado y melena corta, mientras Geralda se enfrenta con Taurina

2 La zona se encuentra en la provincia de Salamanca, en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, próxima al límite con Extremadura. La aspereza y relativo aislamiento del medio ha dado lugar al surgimiento, en épocas cercanas a la escritura de la obra que aquí se analiza, del mito de Las Batuecas/Las Hurdes: la existencia de una población que, aislada por el medio físico, presentaría rasgos sorprendentemente arcaicos. La importancia de *Las Batuecas...* en la difusión, cuando no en la creación, del mito es ampliamente reconocida (Vegas Ramos, 1996; Menéndez Pelayo, 1999; Rodríguez de la Flor, 1989, 1994; Rozas, 2003; Rueda, 2014).

por Giroto—. A este primer elemento de discordia se suma que los batuecos –le dice GERALDA a Taurina– se encuentran exaltados ante la propuesta del anciano y sabio Triso de darse un rey:

GERALDA

Ha propuesto las Batuecas
Triso, no sé qué embelecos
de que el de más seso y talla
gobierne y rija este valle,
montes y páramos secos.
Que diz que los animales
con serlo tienen gobierno,
y que es males que homes tales
estén sin él.
(Vega, 2000: vv. 275-280)

A esto se opondrá el bárbaro Marfino quien, invocando la inexistencia de tal institución entre los batuecos, reaccionará ante la acusación de ignorancia de Darinto, exclamando:

MARFINO

¿Qué ignorancia?
Nosotros habitamos este valle
cerrado destos montes espesísimos,
cuyas sierras empinan sus cabezas
a topetar con las estrellas mismas,
sin que jamás ninguno haya sabido
quién fue el primero que nos dio principio.
En esta lengua habramos, estas chozas
nos cubren, estos árboles sustentan,
y la caza que matan nuestros arcos.
Si vivimos en paz sin ser regidos,
y nos habemos aumentado tanto,
¿por qué das ocasión que nos deshaga
alguna envidia, donde nunca reina?
(Vega, 2000: vv. 314-327)

Los reparos de Marfino respecto a la designación de un rey reconocen, entonces, tres tiempos: no hay precedente conocido de tal institución entre los batuecos, no existen problemas en la convivencia actual que ameriten su implantación y, más aun, la creación de una figura real podría favorecer la propagación de la siempre corrosiva envidia.³

Triso, por su parte, apela a razonamientos de índole naturalista y trascendente a la vez. En clave renacentista, Triso especula que un mundo tan perfecto no se habría creado solo para los batuecos. A partir de una reflexión sobre el curso de los ríos, llega además a inferir que la tierra debía ser redonda y continuaría más allá de las montañas que delimitan su mundo conocido. Sin embargo, el argumento que logra convencer a los batuecos de que aquel que atravesara las montañas y diera con otros hombres podría ser el rey presenta también las inquietantes marcas de la historia:⁴ Triso ha encontrado un cadáver con una espada y un escudo con imágenes de animales y construcciones desconocidas para los batuecos, además de la inscripción T. S. D. R., que no es capaz de descifrar (Vega, 2000: vv. 431-547).⁵ Ante

3 La identidad que plantea Lope entre gobierno y monarquía en los citados parlamentos de Triso, Geralda y Marfino presenta a esta forma de gobierno como "natural" pero, a la vez, socialmente instituida. La tensión entre estos dos polos en lo que hace al origen y la legitimación de la monarquía estructura en gran medida la tematización de la figura real en la obra de Lope de Vega (McKendrick, 2000; Campbell, 2006).

4 Si bien el concepto de historia que atraviesa las obras de Lope es sumamente complejo y abrega en concepciones del tiempo cíclico y providencialista, no es menos cierto que la historia irrumpe en esta obra en buena medida como el resultado de la agencia humana cuyo rastro puede seguirse por sus vestigios materiales. Por otra parte, la recurrente superposición de una temporalidad humana y otra sagrada es uno de los aspectos de las comedias de tema histórico de Lope que permite lecturas ideológicamente ambivalentes de la figura real (Forcione, 2009).

5 El significado de la inscripción, que confirma el origen godo de los batuecos, es aclarado hacia el final de la obra por Ramiro de Lara, a quien el duque de Alba envió a consultar con el rector de la Universidad de Salamanca:

RAMIRO DE LARA

Ese difunto que en la cueva estaba,

la evidencia de que existen otros cadáveres enterrados de forma similar, aunque sin tales objetos, y la maravilla que les produce tanto la espada como las letras, vehículos y símbolos del dominio colonial occidental por excelencia (Seed, 1981; Todorov, 1982; Randel, 1986), los batuecos aceptan simultáneamente la existencia de otros hombres, superiores a ellos, y la necesidad de que haya un rey.

Con el encuentro de Brianda y Mileno, la primera sustraída a la autoridad ducal y el segundo en búsqueda de la oportunidad de hacerse rey, se cierra el primer acto de la obra. El secuestro de la primera por el segundo representa, entonces, el encuentro entre dos malestares: el de la civilización, donde las pasiones se ven constreñidas por el código de honor imperante, y el del estado de barbarie, atravesado por discordias amorosas pero también por el deseo de conocer que, con claras reminiscencias bíblicas, terminará por transformarse en ansias de dominio y, finalmente, propiciará que los batuecos caigan bajo el dominio del primer duque de Alba.

El segundo acto comienza con la puesta en escena de la misión de la monarquía hispánica. La acción se inicia con el duque de Alba recibiendo la noticia de que Isabel

del Rey Rodrigo dicen que es sobrino;
y que huyendo de los moros africanos
murió entre aquestas peñas, y su gente
le dio la sepultura igual al tiempo.
Llamábase este godo Teodosilo;
y así dice el escudo en cuatro letras:
T. Teodosilo dice, S. sobrino,
la D. y la R. de Rodrigo, y junto
Teodosilo sobrino de Rodrigo. (Vega, 2000: vv. 2760-2769)

De esta forma, el conocimiento histórico relacionado a la práctica anticuaria hace su aparición en la obra como herramienta para la comprensión del pasado y la legitimación del proyecto de conquista presente.

y Fernando marchan hacia Granada para la batalla final contra el Moro, por lo cual le piden al duque que se haga cargo del gobierno de Castilla a título de virrey. En esos mismos momentos, Brianda entra en contacto con los batuecos. Estos, impresionados por su aspecto y habla refinada, comienzan a interrogarla acerca de qué hay más allá de las montañas, mientras ella no sale de su asombro ante esas gentes que viven allí “sin dueño”. Este diálogo rápidamente se convierte en una catequización de los batuecos, es decir, una serie de breves preguntas y respuestas mediante las que Brianda introduce a los batuecos en la historia universal, de la que entran a formar parte desde su condición de vasallos naturales del duque de Alba (Rozas, 2003). No es extraño que el diálogo comience con Brianda preguntando:

BRIANDA	Serranos, ¿que no sabéis cúya es la tierra en que estáis ni el gran señor que tenéis?
TRISO	¿Qué señor?
BRIANDA	¿Luego ignoráis el dueño que obedecéis?
TRISO	Nosotros no conocemos otro Dios ni rey que el Sol, cada que encima le vemos.
BRIANDA	¿Ni que es Fernando, español, vuestro Rey?
DARINTO	Nada sabemos.
TRISO	¿Qué español?
BRIANDA	El Rey de España.
TRISO	¿Qué es España?
BRIANDA	Aquesta tierra que el mar por mil partes baña.

TRISO	¿Qué es mar?
BRIANDA	El agua que encierra el mundo en sí.
TRISO	¡Cosa extraña! España se llama el mundo?
BRIANDA	No, sino una parte dél.
TRISO	¿Parte dél? ¡Caso profundo! ¿Luego hay más que España en él?
BRIANDA	Y aun otro mundo segundo que va a descubrir Colón. (Vega, 2000: vv. 1110-1130)

La mención en clave profética del descubrimiento del Nuevo Mundo explicita los paralelos entre la empresa colombina y la conquista de estas Indias interiores (Vegas Ramos, 1996). Entre las semejanzas notorias para la audiencia castellana culta de la época, se destacaría el carácter idolátrico de los batuecos. Entre ellos reina el diablo, que aparece en la obra como un demonio con aspecto de sátiro. Este, al serle requeridos sus servicios por el hechicero batueco Adulfo, anuncia que debe abandonar a los batuecos a causa de la irrupción en el valle de la verdadera religión, corporizada en las cruces que Brianda mandó colocar en los cerros (Vega, 2000: vv. 1651-1718). Otro paralelo interesante con el proceso de expansión transatlántico es la íntima relación que se plantea en la comedia entre la palabra y las armas en el proceso de conquista. En efecto, el catecismo llevado adelante por Brianda, que comienza explicando a los batuecos su condición de vasallos del duque de Alba y del rey de España, sigue estableciendo la continuidad entre la monarquía hispánica y la religión verdadera al equiparar fe y ley:

TRISO	Y el Rey?	
BRIANDA	Es supremo oficio. <i>De escucharme se suspenden</i> Este Rey premia y castiga, defiende el mal, paga el bien.	<i>Aparte.</i>
TRISO	Non sé, garzón, qué te diga. Ese Rey, ¿acaso tien home que le contradiga?	
BRIANDA	Guerra tiene con un moro.	
TRISO	¿Qué es moro?	
BRIANDA	De ley contraria.	
TRISO	¿Y qué es ley?	
BRIANDA	La Fe que adoro.	
TRISO	¿Que es Fe?	
BRIANDA	Cosa necesaria para salvarse.	
TRISO	Eso ignoro Quién se salva?	
BRIANDA	El buen cristiano.	
TRISO	¿Qué es cristiano?	
BRIANDA	El que la Ley de Cristo, Dios soberano, sigue, que es divino rey porque el nuestro es rey humano. (Vega, 2000: vv. 1157-1174)	

Ese catecismo es seguido por la amenaza y el uso de la fuerza, que se hacen presentes hacia el tercer acto, cuando el duque de Alba retorna a su comarca y se entera de que un grupo de villanos se está armando contra unos “monstruos” que bajan de los cerros y matan su ganado. Uno de estos villanos, Belardo, máscara frecuente del mismo Lope, increpará

al duque preguntándole “¿Sois monstruo?” (Vega, 2000: v. 2397). El duque, luego de este paso de comedia donde Belardo termina entrando a su servicio, se pondrá al frente de la expedición al valle de las Batuecas y entrará en contacto con sus vasallos huidos, don Juan, Brianda y Mendo, quienes a cambio de su perdón ofrecen facilitarle la conquista de los batuecos refugiados en los inaccesibles cerros. La obra culmina con los batuecos convertidos en vasallos del primer duque de Alba quien, al culminar la obra, declara

DUQUE DE ALBA

Amigos, mi nombre ensalza
más el ser vuestro señor
que la gran tierra heredada
de los claros ascendientes
que dan principio a mi casa.
Yo os daré bautismo a todos,
que a la gran Peña de Francia
habemos de ir desde aquí.
(...)

DUQUE DE ALBA

Yo os perdono, y nuevamente
os vuelvo a mi casa y gracia,
y os daré con qué viváis.
Y deste valle en las faldas
fundaré algunos lugares,
que con sus iglesias altas,
jueces y oficiales tengan
esta noble gente en guarda.
¿Quereislo así?

TODOS

Sí queremos,
publicando en voces altas,
viva el duque que nos rige.
(Vega, 2000: vv. 2796-2803; 2823-2833)

De esta forma, el proceso de conversión y simultánea sujeción de los batuecos al gobierno del duque de Alba rememora la *performance* de la conquista de América que, desde

las Leyes de Burgos, iniciaba con el Requerimiento redactado por Palacios Rubios en 1512. Este documento “informaba” a las poblaciones a ser conquistadas de la existencia de un Dios único y verdadero y, a continuación, del derecho a reinar y evangelizar en dichos territorios otorgado por el Papa a los reyes de Castilla.

La alusión de Brianda a la empresa colombina pone en relieve, por otra parte, las tres temporalidades que atraviesan toda la obra y acentúan la conciencia de ese proceso tan propio de la modernidad como es la simultaneidad de lo no simultáneo (Koselleck, 1997). Esta se expresa en la superposición de alteridades geográfico-temporales que plantea la obra: los habitantes de ese “mundo segundo” a ser descubierto, los moros que están siendo derrotados por los Reyes Católicos al sur de la Península Ibérica y los batuecos, descendientes de los godos que están siendo reincorporados a la civilización en momentos en que culmina la Reconquista. Esta última presencia no deja de poseer rasgos perturbadores. En efecto, los batuecos no son salvajes inocentes y felices, ni el valle de las Batuecas un *locus amoenus*; son godos olvidados por la historia que, huyendo de los moros, cayeron en las garras del demonio y quedaron confinados en un valle poco acogedor. Sin embargo, si bien la naturaleza humana no consiente la reversibilidad de la historia, de hecho las marcas de la civilización permanecen tanto en el deseo de conocer como en la disposición a aceptar el gobierno del mejor, si admite la decadencia. Esta última no se identifica solamente con el aspecto religioso –la degradación de los católicos godos en idólatras batuecos–, sino que se expresa en un visible atraso tecnológico –el desconocimiento de la metalurgia– y en una significativa simplificación de los vínculos sociales –la caída en una suerte de “estado de naturaleza” que, lejos de una inocencia originaria, está signado por la envidia y los celos mutuos.

Para evitar esta decadencia, pareciera que no basta la religión, ya que su defensa no salvó a estos godos de caer en la idolatría, ni el poder de la palabra, que en la obra se asocia a la figura de Brianda. Lope pareciera advertir la necesidad de un verdadero gobierno de los hombres y del territorio para evitar que haya otras “Batuecas” en los dominios de la monarquía hispánica.

Esta última afirmación solo se justifica si, como dijimos al comienzo, se reponen algunas condiciones de producción y recepción de esta comedia de Lope. Si bien la obra se desarrolla en tiempos del primer duque de Alba, Lope la escribe al servicio del quinto duque, don Antonio (1568-1639), con la esperanza de volver a ganar su estima. Lope había sido secretario del duque en el período *ca.* 1590-1595 y lo habría abandonado en circunstancias análogas a las vividas por don Juan en la ficción: escapando con una servidora de la corte, Antonia Trillo (Rennert, 1904: 115). Lo interesante es la forma en que busca el perdón del duque. Según comenta Rozas,

Lope escribe esta obra hacia 1598, cuando el problema de la posesión de ciertos territorios de Las Hurdes y sus consecuentes tributos y peajes estaba candente. La obra (...) proclamaba por los corrales de España una leyenda que hacía jurisprudencia sobre la posesión de esas tierras. (2003: s/p)

De esta forma, Lope ponía en escena y legitimaba un reclamo jurisdiccional del quinto duque de Alba, primero ante la corte ducal, sus espectadores inmediatos, y luego ante los corrales de la Península. Como don Juan en la ficción, Lope esperaba colaborar a proveer al duque de Alba de nuevos vasallos y así ser reincorporado a su corte. Para ello pergeñó esta ficción, verdadera intervención política, en la cual se sirvió de la experiencia de la conquista

transatlántica para argumentar la necesidad de esos poderes intermedios, a los cuales anacrónicamente caracterizó con rasgos de la antigua nobleza caballeresca, y que estaban siendo erosionados por la reorganización y ampliación de las atribuciones administrativas de la monarquía hispánica en tiempos de Felipe II (Martínez Millán, 1998).

Podemos concluir, entonces, que en la pluma de Lope la experiencia de la conquista transatlántica servía a los fines de demostrar que la evangelización, justificación última de la conquista hispana, no bastaba para elevar y mantener al hombre fuera del estado de barbarie: hacían falta las armas y alguien que las utilizara de manera efectiva sobre el terreno. Solo el gobierno entendido como complejo monárquico-señorial podía garantizar la sujeción de los hombres a la ley y el control del territorio. Las alternativas eran o la barbarie batueca o –insinuación frecuente en Lope– la acción armada de los villanos de cara a una autoridad que, por lejana, aparecía como “monstruosa”.